

# El problema de la tierra

Este magno problema social, esbozado desde tiempos remotos por grandes apóstoles de la justicia, aún no ha sido resuelto en el mundo, para vergüenza de la llamada civilización. (Con excepción de la Rusia moderna, donde la tierra es libre, bajo el Estado comunista de los obreros y campesinos).

El problema agrario, que sin duda alguna es la base fundamental de la libertad económica, la igualdad del derecho y la felicidad del mundo, data desde los tiempos inmemoriales en que Casio y Licinio, célebres tribunos de la vieja Roma, lo iniciaron.

Más tarde se abrazaron a esta inmortal bandera de justicia los eminentes oradores libertos Tiberio y Cayo Graco en compañía con Apu-Clandio (suegro de Tiberio).

En seguida Julio César, durante su permanencia en el Consulado romano, también abogó por la repartición de tierras a las familias pobres.

Como ya la ambición y el dinero, había creado las castas y los feudalismos y con ello la despiadada persecución del poderoso contra el débil, armóse la más tremenda lucha entre los defensores del pueblo y los feudales.

Las leyes agrarias, votadas en épocas del imperio romano, fueron violadas por los terratenientes latifundistas y los mediocres de la clase media, esos reos de la justicia y la civilización. De ello resultó la persecución y el sacrificio de esos genios, que como grandes videntes, levantaron la voz de la justicia, para defender a los oprimidos del abuso de los poderosos. Levantóse por todas partes el madero de las infamias; crucificóse en él el derecho de los obreros del campo y con ello también el del taller, y las tales leyes creadas para pedir

siquiera una parte de la justicia que le corresponde al labriego que transforma la tierra, de zarzales en verdes y lozanos plantíos, fueron burladas por los amos del imperio romano, quienes habían hecho del pueblo un sumiso rebaño. Pero, desde la cruz donde se inmolaron los derechos del campesino y del obrero en general, voló la generosa idea de la libertad de la tierra y siguió germinando en el corazón y en el cerebro de los hombres buenos. Esos apóstoles del bien que desde los primeros tiempos empuñaron la bandera de los oprimidos y por ella sacrificaron sus vidas, son alto ejemplo y bellas páginas de luz que alumbrarán a través de los tiempos.

Sócrates, el más grande y austero filósofo griego, también amó y defendió la igualdad del derecho y sentó las bases de su sabia doctrina en el lógico principio de que todos debemos disfrutar de iguales beneficios en la vida, porque todo lo que la naturaleza produce, pertenece a todos los hijos de la tierra.

Finalmente Lenine, el formidable redentor humano, que asombrando está al mundo con su obra de liberación universal, empujó poderosamente la ola gigantesca del problema de la tierra, como un grito atronador de: ¡justicia para los trabajadores!

Hoy, en la plenitud del siglo XX, están todos los pueblos del mundo al frente de este grande problema de magnitud mundial, el cual ya no es una vaga teoría, sino una palpitante realidad planteada por grandes sociólogos y los obreros conscientes del taller y del campo.

La libertad de la tierra, es uno de los más importantes problemas sociales que el mundo proletario tiene que resolver, como ley ineludible de las evoluciones humanas y las transformaciones ideológicas. Es un mandato de la naturaleza, que tiene que cumplirse hoy o mañana, porque los caducos sistemas plutocráticos deben ser reemplazados por una sociedad libre, donde no haya explotadores ni explotados, ni amos ni siervos.

Debemos sí, enarbolar por todas partes con viril entusiasmo la bandera rebelde del proletariado y luchar como hombres, con fe de convencidos hasta llegar al triunfo de nuestro ideal, o caer dignamente en la jornada, combatiendo como buenos soldados de la democracia obrera.

La tierra, que no es creación ni producto de las castas privilegiadas del capitalismo, sino producto de nuestra madre natura, es patrimonio de todos los que

nacemos a la vida, y no herencia exclusiva de los amos adinerados, como sucede hoy, en el desorden social en que vivimos, y al cual le llama la burguesía pomposamente: Orden, Constitución y Leyes.

La tierra, lo mismo que la luz, el aire, el agua, las riquezas minerales y vegetales, son para beneficio de toda la humanidad sin distinciones ningunas.

Entre la infinidad de los problemas sociales que agitan actualmente al mundo proletario, cuyo estandarte empuñamos hoy, todos los hijos del pueblo que amamos la libertad y sentimos en nuestras carnes el espoleo de los tiranos y el mordisco torturador de la miseria, figura como de los principales: la libertad de la tierra.

De la solución de este problema, que encierra gran parte de humanitarismo y justicia social, depende una de las bases donde debe levantarse el grandioso templo de la Libertad; templo donde debemos officiar todos los hombres libres, y donde en estrecho abrazo fraternal podamos vivir como hermanos, disfrutando del mismo bienestar y los mismos derechos que por razón natural corresponde a todos los que habitamos en el globo terrestre.

En Colombia, con el acaparamiento de la tierra por unos cuantos potentados nacionales y extranjeros, el labriego es desalojado día a día, perseguido, encarcelado y asesinado por mandato de los burgueses terratenientes y el gobierno. Y, los pequeños cultivadores de la tierra que no son desalojados de sus labranzas, viven sometidos a odiosas imposiciones, por los que violando el derecho natural de gen-

tes, han monopolizado la tierra para vejar y explotar más a los trabajadores.

En este país hay un hondo problema agrario que ya cuenta con muchas víctimas sacrificadas por las hordas de tiranos. Entre ellos figuran los inolvidables compañeros y apóstoles Urbano M. de Castro y su hijo, quienes entregaron sus vidas defendiendo a los labriegos de Lomagrande, (Montería), del ataque de los sicarios del Gobierno y la jauría gamonalista. Por esa misma jornada fueron martirizados en las prisiones de Cartagena varios compañeros más, entre los cuales se cuenta Vicente Adamo y la noble y valerosa señorita Juana J. Guzmán. La raza indígena, perseguida y humillada por todas partes, cuenta con muchas víctimas de la injusticia social, entre ellos el noble y abnegado batallador, compañero Manuel Quintín Lame.

Este gran mártir, que ha pasado por una larga viacrucis de cadenas, torturas y prisiones, es un segundo Montezuma, que lucha heroicamente por una raza oprimida, que son nuestros hermanos.

En Boyacá, la tierra de proezas legendarias, domina un caciquismo bárbaro y brutal que han hecho de ese pueblo de campos y ciudades un hato de esclavos.

En el Valle del Cauca, donde se habla tanto de abundancia y democracia, nuestros compañeros de la raza morena en su mayor parte, han sido despojados, tiranizados y escarnecidos por el gamonal y sus secuaces. Y, a medida que la injusticia avanza, la miseria, la epidemia y el vicio se pasea por las calles. Oh! la moral de los burgueses.

Organizáos compañeros del campo y la ciudad bajo la bandera de los trabajadores.

Pradera, agosto de 1925.

MIGUEL A. QUINTERO.

Maquinas UNDERWOOD  
Por mensualidades  
Ignacio Arango & C<sup>ia</sup>

## En la Talabartería de López & Mayorga

Situada en la calle 13 N.º 122 y 124, encuentra usted para la venta FUSTES a precio de fábrica y zuela para zapatería.

## DOMINGO B. GOMEZ

Fabricante de inodoros con diploma de honor de la Exposición de Palmira.

Instalaciones Hidráulicas

Calle 13 N.º 218

EN TODAS LAS CIRCUNSTANCIAS  
DE LA VIDA

En Sociedad 23



TOME SIEMPRE  
**POPULAR**  
LA BEBIDA SIN IGUAL